

**LA ESCUELA QUE DA TODO, MERECE
TAMBIEN TODO.**

Señor presidente del Congreso de Maestros:
Señores profesores:

Uno de los intensos motivos de júbilo y una de las páginas de eterna recordación en mi vida, será esta oportunidad de dirigirme a un gran núcleo de profesores, a un contingente cultísimo de maestros de escuela, de compañeros míos, ahora cuando el azar de la política me da una representación superior a mis fuerzas; pero quizá a la única que puedo dedicar todo el entusiasmo de mi acendrado amor por la escuela.

En el incansable impulso de renovación, en la fiebre sistemada ascendente que la actual agitación social despierta en la República, la transformación escolar necesita de una gran parte de esfuerzo común.

Desde que el Primer Jefe del Ejército Cons-

tucionalista restableció la Secretaría de Instrucción Pública, el 25 de agosto, admitió franca y abiertamente todos los problemas, estudió las reformas e implantó algunas cuya exigencia reclamaba la opinión del país desde hacía largos años.

En la sangrienta campaña que hoy libramos contra la reacción, los maestros de escuela necesitan poner su fecunda labor, en tal forma, que reivindique a la Escuela Nacional de haber admitido por muchos años el servilismo y la abyección como único recurso de vida, que reivindique a la Escuela Nacional de la enorme responsabilidad que ha contraído con la patria, educando generaciones que admitieron el renunciamiento de todo derecho, la abdicación de todo ideal y el enervamiento de todo espíritu público. Necesitamos que el magisterio no se convierta en una clase de mecánicos, de simples obreros automáticos, de máquinas de enseñanza, sino que el pedagogo se dé cuenta de su alta misión civilizadora, y como en los antiguos tiempos de Grecia, sea el modelador del alma nacional.

En los Estados Unidos de América la mayoría de los hombres que llegan a altas posiciones, han venido del profesorado, y si han dirigido y conducido niños, no ha sido por el atractivo provechoso de ganarse el pan como maestros, sino a consecuencia de una convicción profunda de que no pueden manejar hombres los

que no han sabido educar niños, y es porque en este gran país la tendencia entera de la escuela es a la formación de ciudadanos. Los americanos heredaron de sus abuelos ingleses un gran sentido práctico, y así como hicieron su Constitución, su ley fundamental, de ejecución fácil y aplicación sencilla, así han procurado que la escuela prepare mentalmente el civismo de sus ciudadanos para facilitar la marcha de los gobiernos que se han sucedido.

La principal misión del maestro de escuela mexicano, está en la preparación de los ciudadanos futuros, de los hombres que han de gobernarnos mañana y todas las reformas que conquistemos hoy por las armas, todos los cambios logrados en la estructura social, en la legislación pública y en el organismo administrativo de este país, no tendrán éxito ni perdurarán, sino cuando haya una generación hábilmente preparada para la consecución de estos altos ideales.

La pedagogía es como ciencia social, algo que no puede condensarse en reglas determinadas, preceptos fijos y máximas concretas. En la actualidad, la pedagogía es la ciencia que reúne a la vez la educación y la instrucción de los niños, y que en la vasta extensión de sus dominios, pone en contribución a todas las otras ciencias.

Eminentes pedagogos han sostenido que para educar es necesario "copiar a la naturale-

za", continuando con esta tesis la tradición de los antiguos profesores, que entendían por única ciencia el estudio de la naturaleza, y que daban a la educación el carácter de un amplio sistema condensador, en el cual colaboraron en su tiempo Hipócrates, Demócrito y Platón.

En remotas edades, la Pedagogía era el prólogo necesario de toda ciencia, era la preparación para equilibrar el ser humano; era el arte de formar niños fuertes de cuerpo y de espíritu, en los cuales la raza permaneciera resistente; pero los epicúreos y los estoicos, durante la decadencia romana, presentaron, cada uno por su lado, un plan de educación aplicable al esclavo tanto como al hombre libre. El ideal era para unos la Voluptuosidad y para otros la Virtud, pero para ambos era la formación de individuos, "no la de ciudadanos".

El Cristianismo, substituyendo con la prometida ciudad de Dios a la conocida ciudad humana, trajo al mundo otras creencias y, por consiguiente, otra educación; indicó al pueblo que podía aceptar los servilismos terrestres, porque éstos serían premiados por Dios; que el último en la Tierra, sería el primero en el Cielo.

Durante mucho tiempo la escuela fué considerada como un bien, porque era el signo de ruptura con los pasados elementos del paganismo, y la creencia de la dicha futura fomentó el desdén por la existencia ordinaria. De allí

que los héroes de la educación humana, natural y racional, fueron con frecuencia, durante el Renacimiento, mártires, y cuando la Reforma introdujo en la religión el libre examen, fué necesario propagar la instrucción, y de ahí la valiente tentativa de Lutero para abrir escuelas populares, y de ahí también, que rivalizando con este esfuerzo de los protestantes, se organizara la Congregación de Jesús, que quiso adelantarse, en el terreno de la instrucción, para reservarse el derecho de educar a su manera.

En el Renacimiento, los gimnasios regresaron a todos los ejercicios intelectuales y físicos de Grecia, apareciendo enciclopédicos de la talla de Buonarroti y de Vinci, y hombres de la energía y el ingenio de Cervantes y Camoens. Sin embargo, el Renacimiento solamente formó individualidades, primero un Montaigne y luego un Locke y después un Fenelón, quienes se prepararon para educar a hijos de reyes, de príncipes y de nobles; pero no para la educación de los ciudadanos.

En la actualidad, los países civilizados han reconocido que todo ser humano tiene derecho a un mínimo de instrucción y que la enseñanza primaria es una deuda que la sociedad ha contraído hacia cada uno de sus hijos.

Compayré admite que el siglo XIX podrá denominarse el siglo de los ferrocarriles, el siglo de la electricidad; pero su más bello título será

el de haber sido "el siglo de la creación de las Escuelas Primarias".

Dentro del amplio campo que la enseñanza tomó en las escuelas primarias contemporáneas, ésta ha obedecido a muy diversos criterios científicos. Así la educación, según Stuart Mill, abarca todo lo que nosotros hacemos y todo lo que los demás hacen por nosotros, a fin de elevarnos hasta la perfección de nuestra naturaleza; es la cultura que cada generación da a los que deben sucederla, a fin de hacerlos aptos para conservar, cuando menos, o para acrecentar, si fuere posible, los progresos alcanzados hasta ella.

La señora Necker decía que educar un niño era ponerlo en estado de cumplir en su día, lo mejor posible, el destino de su vida; Stein formula el objeto de la educación, diciendo que es el desarrollo armonioso de todas las facultades del hombre, que debe desplegar todos los poderes del alma, excitar y alimentar todos los principios de vida y de actividad; la cultura debe poner en obra todas las tendencias que dan la fuerza y el valor de los hombres, y, para Herbert Spencer: "La educación debe preparar a la vida completa; que el fin de la educación está en el mismo niño y no fuera de él, que consiste en su bien personal y no en la satisfacción particular de sus padres o maestros, por cuyo motivo la abnegación es realmente el primer deber del educador."

Guizot quiere que el hombre aprenda a educarse a sí mismo, cuando los otros hayan cesado de educarlo, porque la perfección humana no es hacer esto o aquello sujetos a una voluntad exterior, sino obrar libremente con todos los riesgos y peligros, aspirando al bien y a lo mejor.

Ahora bien, sería un error funesto el de continuar el viejo prejuicio centralizador a pretexto de mejor orientación pedagógica, así como la confusión entre lo que debe entenderse por "unidad" en cuanto a las ideas directrices, y por "uniformidad" en la aplicación de sistemas y métodos. La unidad la darán para cada Estado los congresos pedagógicos locales, como éste, y para la República las asambleas nacionales de educadores. De la uniformidad debemos huir todos, convencidos de su mala influencia, parecida a la que ejercen los teóricos de la pedagogía estudiando medios y divisiones sutiles con pedantesca tecnología, que está resultando una verdadera escolástica, llena de abstracciones inútiles y de formalismos originales.

El más grave defecto de una educación, es la uniformidad; el niño es movable y, se ha dicho, que es mejor no tener ninguna idea sobre los niños que tener una absoluta; este es el secreto de que las mujeres tengan más éxito que los hombres para educar a los niños, porque son tan cambiables como sus alumnos y tie-

nen la gran superioridad de amarlos tal como se presentan cada día.

Ya que citamos la superioridad de las mujeres para educar a los niños, es bueno hacer notar qué grande influencia ha tenido el sentimiento femenino en nuestra guerra contra la usurpación y el crimen; si algún partido está obligado a apoyar la influencia femenina en la educación nacional, es, sin duda, el nuestro.

Se ha combatido el esfuerzo mundial en favor del profesionismo femenino. Moebius, hizo todo un libro sobre "la inferioridad mental de la mujer", afirmando que los hijos de las mujeres cerebrales resultan degenerados, y que apartando a las mujeres de la masculinización, se les hace un gran bien; pero, a esto, los defensores de la cultura femenina responden que la mujer salvaje es más hombruna que la civilizada.

Nosotros estamos obligados, después de la experiencia adquirida en los últimos años, a procurar que la mujer mexicana sacuda todos los yugos con que la esclavizó el fanatismo religioso y esté preparada para una vida consciente en el hogar y en la oficina; pero, sobre todo, a conservarle una plaza preponderante en la Escuela, donde compita con el hombre, sin renunciar al prestigio de sus encantos femeninos, que conserve la cultura intelectual necesaria, sin perder por ello el culto de su belleza.

El feminismo crece: las mujeres juegan desde ahora un gran papel en la educación, ya sea como teorizantes o como simples institutrices, tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria; y esta importancia femenil se debe a su fácil adaptación a todos los cambios, creada así por la naturaleza, es un nuevo ejemplo que de ella debemos tomar, para no temer a la variedad en métodos y programas; por eso creemos que el sistema federativo es el ideal, tanto en la política como en la enseñanza; la Federación en los Estados mientras llega el soñado día de la Federación en los Ayuntamientos.

* * *

Veracruz ha tenido la honra de ver promulgarse en su suelo la reforma constitucional que establece el Municipio autónomo, como base de la división territorial y de la organización política de los Estados.

Y bien, el Municipio que ha fracasado en salubridad, en alumbrado, en provisión de aguas, en enseñanza, en todo, tendrá en un futuro no remoto las probabilidades de organizar sus servicios peculiares con elementos que le sean propios, con directores que sean sus naturales representantes, y entonces la escuela primaria tendrá la inmediata vigilancia de los interesados. Para ese momento debemos aspirar a que la variedad sea infinita, en cuanto a programas

y métodos, de uno a otro extremo de la República, y no os admiréis porque cada Municipio tenga su legislación escolar, no os cause asombro cuando llegue el día en que en cada escuela se haga un campo de experimentación, siempre que a todas las escuelas y a los maestros todos nos ligue un alto ideal de mexicanismo, un fuerte lazo de solidaridad nacional.

La clásica organización de la enseñanza en sus distintos grados, de elemental, de superior, de especial y de profesional, lo mismo la educación que se imparte en las escuelas primarias que en los colegios y las universidades, necesita ser orientada por un elevado espíritu de certidumbre; es preciso que nuestras juventudes conozcan al mismo tiempo que los poderosos recursos con que contamos, todas las lacras que nos envenenan y corroen; es preciso que al lado de nuestros elementos de vida, miren evidenciados nuestros peligros de muerte, y que, desaparecidas las glorias artificiales y los méritos engañosos, sepamos concienzudamente aprovechar, encauzar y hacer valer nuestros pequeños o grandes recursos.

El secreto para ser fuertes está en ser equilibrados y hemos menester de una escuela de ecuanimidad y nos urge que sin soplos de heroísmos ni vanaglorias literarias, tengamos una educación sencilla y seria, adecuada a un pueblo nuevo y joven que aspira a hacerse respetar, más por el valor moral de su sociedad,

que por la fuerza económica, política o bélica que puede desarrollar.

Así como la labor del maestro de escuela fue superior a la del tomador de lecciones, hoy se consideraría clasificados entre los maestros retardados, parientes próximos de los inútiles, a aquellos que no supieran que su principal misión en la escuela es la de formar ciudadanos de un país libre, y para ello es necesario que en el niño se fomente el deseo de buscar en sí mismo el secreto del éxito.

* * *

Conquisten los maestros veracruzanos la gloria de presentar al país un programa educacional ajeno a todas las prácticas anticuadas, distinto a todas las rutinas establecidas, y por muchas que fueran las deficiencias en los puntos resolutivos de este Congreso, le habrá cabido la honra de ser la primera reunión revolucionaria de maestros.

Continuad fervientes en la misión que la patria os ha confiado, que aunque la carrera del maestro de escuela no tiene esplendor, su trabajo interesa a toda la sociedad y es una profesión que participa de las altas funciones públicas. La Instrucción Primaria es una de las garantías de que el espíritu liberal continuará siendo el director de nuestras generaciones venideras.

Si la Escuela proporciona a la niñez fuerza

física; si la Escuela da a la juventud desarrollo intelectual, la orientación moral, la competencia científica, la habilidad manual; si la Escuela crea los hábitos de ahorro, de higiene y de trabajo; si la Escuela enseña los deberes del ciudadano para con la familia, con la patria y con la humanidad, quiere decir que la Escuela que da todo, merece también todo.

¡Maestros! Leibnitz decía que si se le confiaba la educación de los niños cambiaría la faz del mundo; vosotros tenéis confiada la educación de la niñez mexicana: ¡cambiad la faz de la República!

(Discurso en la sesión de clausura del Congreso de Maestros Veracruzanos. Veracruz, 9 de marzo de 1915.)

LIBROS PARA LA EDUCACION DE TODOS

(Prólogo para "Carne de Cañón" de Marcelino Dávalos.)

LIBROS PARA LA EDUCACION DE TODOS.

El vigoroso impulso que conmueve a la Patria Mexicana desde cinco años ha, no puede ser comprendido ni llegará a consolidarse sino con la consagración literaria.

El estruendo del cañón, el silbido estridente de las balas, el oleaje de sangre empurpurando el suelo, los horrores todos de la guerra, impresionan pasajeraamente; el tornadizo espíritu humano se habitúa, día a día, a las sensaciones del momento y ni la ejemplaridad objetiva del éxito ni el cambio de mandatarios modifica la concepción de la vida en una sociedad tradicionalista que conserva y petrifica las costumbres, virtudes y vicios; los fanatismos gloriosos o deprimentes; los errores líricos o materialistas; pero que protege, guarda y momifica con la pátina de lo viejo, aun por encima de todo lo nuevo, la rugosa piel anciana, costra deforme y dura escama de la carne joven y de la savia nueva.

A un general victorioso se le viste con los pliegues de la púrpura de los Césares y se le cantan los mismos himnos y se le arrulla con el mismo coro con que lo hiciéramos ayer para todos los que portaron sable y lucieron charreteras; no vemos en un general nuevo sino otro general. En el gobernante revolucionario, el jefe que dirige y encauza la administración pública en una Entidad Federativa, nos empeñamos en no ver sino un hombre que gobierna con todas las flaquezas, con las mismas debilidades, con los mismos desfallecimientos que antaño tuviesen los gobernantes todos.

Y las leyes, las mismas leyes acabadas de confeccionar, leyes purificantes de demolición y de incendio, son pronto consideradas como todos los viejos códigos conculcables, eludibles, de burla y violación.

Hombres y Leyes apenas si hacen sentir su novedad en los tablados del antiguo escenario. La farsa parece la misma y los espectadores ríen con la misma risa insulsa y grotesca que lo hicieran para todas las pasadas comedias. Es una más..... y basta.

La modificación, el cambio, la renovación perfecta no se comprende, no se percibe, no se siente, sino cuando ha sido impuesta hondamente por la literatura; la literatura, que no es obra de copistas o de repetidores; la literatura que no es molde o machote; la literatura creadora que hace vibrar los corazones con la

harmonía de estrofas nuevas; que hace experimentar emotividades distintas producidas por líricos entusiasmos de altas, de nobles y de generosas aspiraciones.

Es inútil que prediquemos la libertad del peón de campo; es inútil que legislemos para la liberación del mozo en faenas rústicas; es inútil que fijemos el salario mínimo del labriego, si las costumbres, si las tendencias, si los hábitos inflexiblemente nos hacen ver con negligencia que el peón continúa siendo explotado, que el mozo rústico no come y que el labriego parece bajo el yugo de la esclavitud, de la miseria y de la ignorancia.

Es necesario que ante los ojos desfile, día a día, la protesta indignada; que los oídos escuchen, hora a hora, el himno libertario, y que en páginas y páginas se repitan en todos los tonos y se pinten con todos los colores, las vergüenzas de una sociedad reprobadas por el progreso y malditas por la moral.

Si no repetís todos los días que el militarismo es una plaga, los que ayer lucharon contra el militarismo son al día siguiente sumisos admiradores de la espada.

Si no gritáis todos los días contra la ponzoña venenosa y mortal del clero, la sociedad seguirá perfumándose con el incienso de los altares.

Si no azotáis todos los días a los verdugos del capital, pronto veréis a la sociedad mansa,

sumisamente postrada ante la insolencia del que todo lo tiene.

Así como un país no se conoce ni se prestigia sino por el mérito y la gloria de sus escritores, así una revolución no se distingue ni se consagra sino por el valer y la importancia de su literatura.

“Carne de Cañón” tiene el mérito intrínseco de las obras de Marcelino Dávalos: sencillez, entusiasmo y verdad; pero no he querido apreciar en este libro sino su fuerza revolucionaria.

He sentido la honda tristeza de los deportados, cuando al llegar el transporte de guerra no recibían la esperada carta de los queridos ausentes.

He comprendido cómo puede enfermarse del corazón en aquel clima tropical, “que oxida las espiguillas y ennegrece las conciencias”.

Se han retorcido en mi alma, como serpientes de fuego, los odios todos, cuando vimos morir, uno a uno, los huelguistas que padecieron el frío de la Malaria y murieron tiritando y bendiciendo el paludismo que los salvó de la vida miserable y los entregó escuálidos y vencidos a la muerte salvadora.

Hemos vivido las amarguras de Saturnino, las ansias de la fuga con el Chamula; nos hemos paseado por la arena caliente de la distante playa; hemos estado en las agobiadoras faenas de “la brecha”; seguimos al pesado convoy tras la tarda locomotora del ferrocarril; y es-

cuchamos el tiroteo de los indios y vemos—desnudados los cadáveres—cómo son descuartizados a machete por la ira salvaje de los mayas.

Dávalos es el primer dramaturgo mexicano. Laureado, ensalzado por la crítica, ovacionado por las multitudes; el escenario es para su inspiración el campo de la gloria.

Dávalos es poeta y cancionista. Sus estrofas vigorosas nos han entusiasmado muchas veces y sus trovas de amor nos dejaron siempre el sabor de soñadas ternuras.

Pero ni sus dramas ni sus versos han hecho escuela ni han tenido otra ventaja social ni otro provecho inmediato, que el de unos cuantos pesos para los empresarios.

“Carne de Cañón” es un libro de utilidad inmediata, de aparición oportuna, de beneficios colectivos. Es un libro para la educación de todos, es la protesta y el ejemplo, es la advertencia y el consejo, es, en fin, una pieza de literatura revolucionaria. Había sido escrita cuando fué sentida, para ser publicada cuando se ha podido.

Aristóteles juzgaba del mérito de un libro, observando si el autor dice cuanto debe decir; si no dice más de lo que es preciso decir, y si lo dice como se debe decir.

La obra de Dávalos reúne, a mi juicio, esas condiciones.

Hacedla circular, leedla una y otra vez, que llegue a todos, que vaya de mano a mano, que

pase por la mesa del magnate, que se deslice por entre las cuartillas de todas las redacciones y que caiga junto al cesto de costura de todas las jóvenes y matronas; es un libro de lágrimas, es la protesta erguida de una generación que reclama libertades y que sabe no puede obtenerlas sino cuando en todos los corazones se sienta un mismo amor, en todas las conciencias una misma responsabilidad y en todos los brazos un mismo enérgico impulso de acción hacia la defensa colectiva, aseguradora única del derecho individual.

(Prólogo del libro "Carne de Cañón", de Marcelino Dávalos.)

LOS PERIODISTAS EXTRANJEROS EN MEXICO

(Epílogo del libro "Mi Viaje a México" por
M. Fernández Cabrera.)